

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



Nuestra gente

III

Cuadernos del Archivo de la Universidad **30**

Lima, 2002

Cuadernos del Archivo de la Universidad

Comité editorial

Presidente : José Agustín de la Puente Candamo
Miembros : Juan Carlos Crespo López de Castilla
René Ortiz Caballero
Jesús Vera-Portocarrero Beltrán

César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

Nuestra gente ofrece, en sucesivas entregas, semblanzas de los miembros y de los amigos de la Pontificia Universidad Católica del Perú que contribuyen desde 1917 al ser y al quehacer institucional.

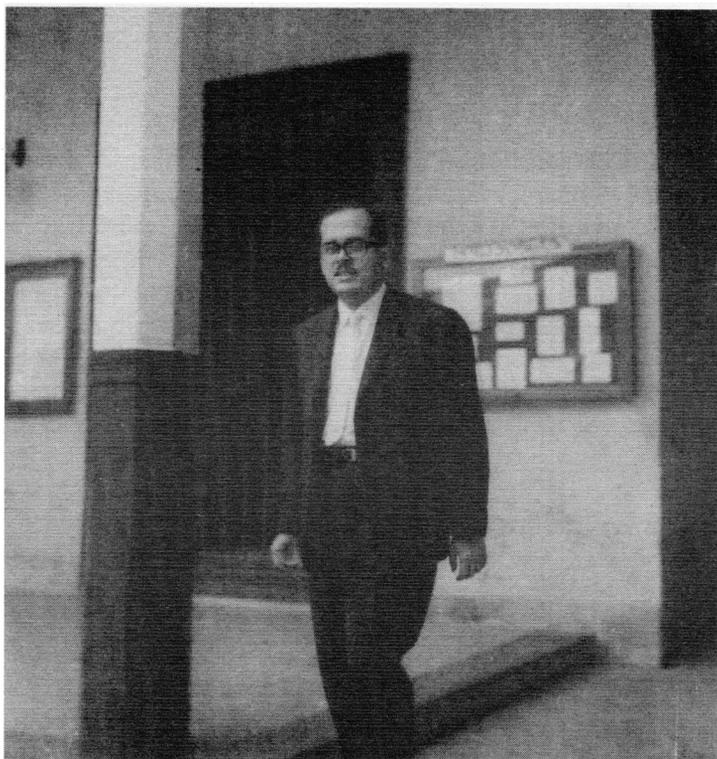
Pontificia Universidad Católica del Perú

Nuestra gente: III

.- Lima: PUCP, 2002.

56 p.; 20 cm.- (Cuadernos del Archivo de la
Universidad; 30)

Archivo de la Universidad PUCP
Apartado 1761 – Lima 100, Perú
Correo electrónico: archivo@pucp.edu.pe
Fax: (511) 261 9030



A handwritten signature in cursive script, enclosed within a hand-drawn oval. The signature appears to read 'L. Guerra'.

Luis Felipe Guerra Martinière

En el patio de Letras de la Plaza Francia (1964)

Foto por José Gushiken

Presentación

La Pontificia Universidad Católica del Perú, nuestra querida universidad, tiene un prestigio ganado en el Perú y en el extranjero y quienes pertenecemos a ella nos sentimos orgullosos cuando vemos su nombre ocupando lugares importantes. Es claro que el prestigio y el peso social ganados son consecuencia de una adecuada política institucional, pero es claro también que ella se concreta con el trabajo específico y por los valores particulares de sus integrantes; es decir, de *nuestra gente*, sean autoridades, profesores, alumnos o trabajadores no docentes. Por eso es tan importante que conozcamos más a esas personas concretas. No solo sus datos biográficos o la relación de sus publicaciones, conferencias o investigaciones, sino también aspectos cotidianos del hombre o de la mujer, que revelan su calidad humana. Conoceremos, valoraremos y amaremos más a nuestra universidad no únicamente leyendo lo que en ella y sobre ella se escribe, sino leyendo también la vida de los hombres y de las mujeres que la integran. En esa línea, la serie *Nuestra gente*, de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* es una brillante idea que en esta oportunidad nos entrega su tercer número con cálidas semblanzas de personas muy queridas de nuestra casa de estudios. Algunas ya no nos acompañan físicamente y la semblanza aviva nuestro recuerdo y gratitud; otras, son actores dinámicos de la universidad de hoy y la semblanza acrecienta nuestro reconocimiento y estimula nuestra entrega al diario quehacer universitario; y algunas otras, formalmente han reducido su vínculo con nuestra casa de estudios, pero siguen presentes en diversas actividades nuestras, y la semblanza es un incentivo a comprometer toda nuestra vida con la universidad.

Por la riqueza humana que hay en cada una de las personas a las que se dedica este cuaderno y por la cercanía a ellas y la calidad de

quienes han escrito las semblanzas, la lectura y la reflexión de estas páginas contribuirán también a fortalecer nuestro compromiso de construir una comunidad universitaria cada vez más auténtica, que forme integralmente a las personas no solo en las aulas, en los talleres y en los laboratorios, sino con ejemplos de vida.



Uldarico Malaspina Jurado
Profesor principal
Departamento de Ciencias

¿He leído mejores?

Oswaldo Gavidia Cannon

Fue en la Cafetería de Letras, lugar de encuentro donde más de una vez se prolongarían las amenas charlas e invaluable consejos, la primera vez que conversé con el maestro Carrión. Por aquel entonces, me encontraba cerca de concluir, finalmente, con los últimos pasos para optar por el título de abogado y, a la vez, deseaba matricularme nuevamente en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas. Como muchos otros, tardíamente había tomado la no sencilla decisión de dedicarme a la literatura, dejando para otras almas el ejercicio del Derecho. Mis estudios literarios los había seguido en cierto desorden y, como era lógico, ante un curso dictado por el erudito doctor Carrión asomaban las dudas. ¿Cómo sería aquel curioso profesor de figura prominente al que más de una vez había escuchado citar e imitar? Las variadas respuestas no despejaron mis temores; sin embargo, decidí hacerle caso a una confiable amiga y, habiéndolo visto por el mostrador de los panes y dulces, me aproximé cautamente. Fue el inicio de una amistad, inmerecida para quien como yo no ha sabido aprovechar esa no frecuente muestra de riqueza intelectual y calidad humana, que lamentablemente pareciera estarse yendo de nuestra casa de estudios.

Las primeras clases de literatura colonial hispanoamericana me deslumbraron y no solo por el saber, que no se queda en la erudición, del doctor Carrión. Sus cambios de entonación -que iban de una voz queda como si estuviera contando un secreto a palabras agudas y nasales-, su agrandar los ojos, sus amplias sonrisas congeladas y su desplazamiento por el aula impedían que uno se aburriera. No tenía vergüenza en canturrear para ilustrar sobre los juglares de la Edad Media ni se apocopaba al recitar jarchas en voz alta. Asimismo y en razón de las múltiples disquisiciones que su discurso contenía, uno procuraba prestar la mayor atención posible para comprender la reflexión del maestro. Como bien señaló, no sin cierta ironía, un colega y amigo al comentar sobre el estilo del discurso de nuestro profesor: "*Carrión puede colocar la sabiduría*

del universo en un párrafo." Era esa también rara combinación de conocimiento y de histrionismo, junto con su ausencia de temor para manifestar su pensamiento, algo que lo distinguía.

Entre la lista de evaluaciones que siempre preocupaban y que obligaban a quitarle horas al sueño, las de Carrión ocupaban los primeros puestos. Tras sus temas de exposiciones o de exámenes, como también mediante sus respectivos comentarios, asomaba el espíritu crítico que deseaba transmitir y que en nada se contradice con un verdadero conocimiento, más bien, surge de él. Sin precisar ocasiones para guardar la debida discreción, me permito transcribir en parte algunos de sus comentarios correctivos: "*¿Cómo se la arregla para presentar con sentido cosas que no lo tienen?*", "*Disculpe, pero ¿usted pensó que bastaba con el análisis de la rima del poema?*", "*¿Han escuchado hablar de este autor? ¿No? Es lamentable*". Sus críticas partían de su deseo de formar a sus interlocutores y no, como desafortunadamente ocurre alguna vez, por motivaciones ajenas a lo académico. Complementando lo afirmado, sus palabras de alabanza a los trabajos de los alumnos se entendían como sinceras y no como producto de un deseo de ganarse su favor. Así, cuando una alumna y amiga se acercó al maestro Carrión a comunicarle con alegría que él había obtenido un alto puntaje en las encuestas de evaluación de docentes, agradeciendo el gesto de los alumnos afirmó con cariño: "*No me quita el sueño*". Su gran respeto a la cátedra, no indiferente al aprecio -que no es consentimiento- de los alumnos, le hacía saber que la encuesta no constituía más que una de las importantes piezas para evaluar la labor docente. Es cierto que no todos, estudiantes o colegas, entendieron el porqué de su actitud crítica.

La manera de vestir de este profesor alto y voluminoso siempre llamaba la atención. Podía presentarse impecablemente clásico hoy, mañana con terno y zapatillas con calcetines llamativos, como también salir a correr por el *campus* en pantalón corto y vincha en la frente. Incluso, gastábamos bromas sobre cómo retornaría vestido luego de algún viaje. Un día, mientras entraba con alumnos a su oficina, siempre algo desordenada, y continuaba absolviendo las preguntas con la generosidad que lo caracteriza, dijo con preocu-

pación y solemnidad que no encontraba la corbata que allí guardaba para las sustentaciones de grados. Los alumnos sonrieron: al abrir la puerta, la prenda había caído a sus pies y la estaba pisando, anudada. En otra oportunidad, asistió a una invitación de la Embajada de España portando un llamativo saco blanco; recuerdo al respecto las palabras de un querido amigo: *"Sólo Valdelomar, de estar todavía vivo, y Carrión se atreven a ponerse saco blanco en Lima."* Su vestimenta era sancionada por más de uno, a otros nos gustaba. Ella no fue óbice para que siempre con dignidad, distinta de la prepotencia y de la chabacanería, entrara a las diferentes dependencias de la Universidad, incluso al Rectorado.

Dada la naturaleza de nuestra institución, no son pocos los docentes a quienes el destino -o la oportunidad- les encomienda el desempeño de alguna labor administrativa, necesaria tarea no siempre debidamente valorada. Si bien es cierto que el doctor Carrión era, sobre todo, un académico por excelencia, cuando le correspondió ejercer cargos que implicaban funciones burocráticas, lo hizo con el propósito de servir a la educación en nuestra comunidad.

El doctor Carrión era, además, un buen imitador y contador de chistes. Su risa irrumpía y contagiaba a quienes lo rodeábamos; pero, por otro lado, su furia era igualable a la de Zeus. Las historias que él refería y los nombres que él colocaba eran tan famosos como las anécdotas que sobre él mismo se contaban. Siempre dispuesto a brindar tiempo a quienes tuviesen ganas de aprender o buscasen guía, estuviesen o no inscritos en alguno de sus cursos, no era extraño encontrarlo cuando el sol empezaba a caer y hasta la noche en la cafetería conversando y enseñando a la vez. Si cerraban las puertas y el interés no había mermado, continuaba en alguna mesa de fuera o camino al estacionamiento. Otras veces, era en su oficina, magnánima en libros y memorias, donde se brindaba acogida a las inquietudes de los estudiantes. Entre los múltiples consejos dados ante las vicisitudes que suelen acompañar la tarea del investigador, recuerdo uno que alienta la no sencilla labor de la tesis: *"Empiecen su trabajo como si lo continuasen y terminenlo como si solamente lo estuviesen interrumpiendo"*.

Un discípulo de este maestro y partido ya a la casa del Padre, durante una de las sobremesas que en la Cafetería de Letras se encargaba de animar, mencionó que la irónica frase "*La cátedra no revela sus fuentes*", dicha por un docente al ser consultado por sus alumnos sobre la bibliografía de un curso, era la única que podía hacerle competencia a otra, esta vez, del doctor Carrión: "*Sabrá esa lengua, pero no es filólogo*", muestra de su celo por la labor académica. Me atrevo a agregar la mencionada con gracia e ironía ante una opinión ingenuamente solicitada: "*He probado mejores*"; y sustitúyase el verbo probar por leer, escuchar y otros según las circunstancias.

En la última clase que tuve con él, antes de su penosa enfermedad, se apareció elegante y muy bien arreglado: se iba a un concierto de la Filarmónica. Conocedor de boleros y valeses criollos -además de bailarín de chachachá y otros ritmos-, no lo era menos de la música clásica. Aprovechó para hablarnos de la melodía, como si el tiempo le sobrase, para luego despedirse y salir apresuradamente. Las noticias que luego vinieron no fueron las mejores, pero aún ahora con la salud disminuida no deja de haber momentos en los que el maestro Carrión vuelve a brillar como de costumbre.

No pocas de las ideas que inspiraron trabajos académicos de calidad de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas han partido de la privilegiada y generosa mente de Carrión o encontraron en él su impulso. Es posible que no todos los beneficiados lo reconozcan, como también el que todavía guarden sentimientos negativos hacia su persona aquellos que se sintieron ofendidos por su saber, entereza o dignidad; ello ya poco o nada importa. La misión de maestro la cumplió.

Recordando al profesor Cavazzana

Giulia Anna Mariani de Lavino

"La Literatura Griega llegó a una perfección tal que asombra": cuántas veces nos repetía esta frase el anciano profesor Cavazzana en el lejano 1954 cuando la Facultad de Letras se encontraba en la Recoleta.

Con entusiasmo juvenil hacía revivir a los personajes del teatro y de la mitología griega. Demostraba que los sentimientos de odio, amor, tristeza, resentimiento, crueldad, piedad, venganza o remordimiento, no han cambiado desde cuando Grecia había llegado a la cumbre de la civilización, tanto en el arte y la filosofía, como en el sistema político, casi quinientos años antes del nacimiento de Cristo.

El profesor amaba recordar de qué manera el teatro de Esquilo exaltaba el profundo valor de la religión y el espíritu heroico de sus personajes, así como Sófocles hacía sobresalir las cualidades intrínsecas del hombre en su lucha contra el hado, mientras que Eurípides daba por primera vez gran trascendencia a las pasiones y a los sentimientos de la mujer, evidenciando al mismo tiempo la lucha espiritual de su época y el espíritu crítico frente a las tradiciones.

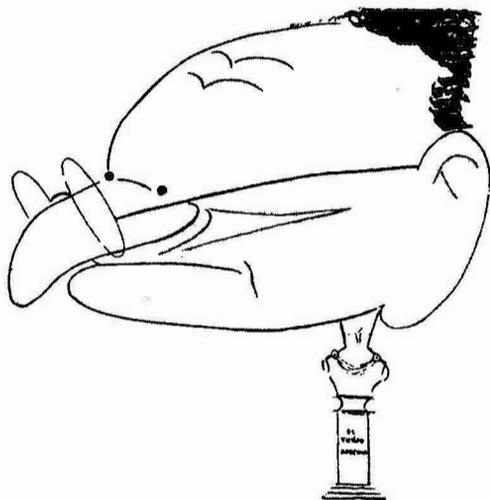
Su curso exaltaba la importancia del coro, representando éste la opinión del público frente a las vicisitudes humanas y nos mostraba cómo con Sófocles, especialmente, la Literatura Clásica ha alcanzado su mayor expresión poética.

Gracias, querido Profesor, por habernos abierto el espíritu y el corazón a la búsqueda de todo lo bello, virtuoso y noble, dándonos la fuerza y el coraje para seguir adelante en los momentos difíciles de la vida, tal como nos han enseñado los personajes sobresalientes del teatro griego: Aquiles, Héctor, Andrómaca, Príamo, Ulises, Edipo, Ifigenia, Orestes, Hécuba, Medea y Fedra, entre muchos otros

que ahora, evocándole, cobran vida en quienes hemos tenido el privilegio de haber sido sus alumnos.

El apreciado profesor Cavazzana nació en la Liguria (Italia) el 24 de noviembre de 1889 y murió en la Clínica Italiana de Lima el 1 de julio de 1962. Había llegado al Perú procedente de Bolivia el 14 de diciembre de 1933. Entre 1937 y 1958 enseñó en Letras, Pedagogía e Idiomas de la PUCP.

...Y AQUI



El Profesor Juan Cavazzana
Catedrático de la Facultad de Letras

Patricia Cruzalegui Sotelo

Federico Camino Macedo

El dos de noviembre de 1997 murió a los cuarenta y dos años, en Barcelona, Patricia Cruzalegui Sotelo. Con tardanza y tristeza, sus amigos, que no sabíamos de su enfermedad, nos enteramos de su muerte.

No es solo el recuerdo de la amistad lo que me mueve a evocarla sino también la reciente publicación, en Barcelona, de su tesis doctoral sobre la experiencia platónica en la Inglaterra del siglo XIX, escrita en catalán y que pronto se podrá leer en inglés y en español.

Fruto de años de investigaciones en la *Bodleian Library*, en los *Jowett Papers* de los archivos del *Balliol College*, también en Oxford y en la *Widener Library* de la Universidad de Harvard, el estudio de Patricia Cruzalegui abarca en realidad desde Thomas Taylor y Wordsworth en el siglo XVIII hasta Grossman y Popper en el XX. No existe en ninguna lengua, afirma en el prólogo el profesor Richard Lenkyns, de la Universidad de Oxford, un libro de tal alcance del platonismo británico del siglo XIX. Además, los profesores de la Universidad de Barcelona, Pau Gilabert, Jacqueline Hurtleley, Monserrat Jufresa y Miguel Berga de la Universidad Pompeu Fabra (Barcelona), en los escritos de presentación que preceden al texto de la tesis, son unánimes en el elogio de un trabajo que ciertamente es notable por la profundidad y erudición desplegadas en un volumen en octavo mayor de 562 páginas.

Conocí a Patricia Cruzalegui en 1974, cuando ella estudiaba filosofía en la Universidad Católica y desde el primer momento supe que era de aquellos alumnos que justifican el trabajo de un profesor. Ya en esa época había descubierto las prioridades de su vida, las que respetó hasta el final con disciplinada voluntad y decidida inteligencia. De esos años recuerdo una monografía sobre la alegoría de la caverna de Platón, sorprendente por el seguro manejo

de los textos y la idea de vincular el símil platónico con la simbología de la caverna en la literatura y mitología griegas.

En 1977 terminó sus estudios de filosofía y viajó a España, a seguir un postgrado en el Departamento de Filología Clásica de la Universidad de Barcelona. Obtuvo allí en 1983 la Licenciatura en Filosofía con una tesis sobre el platonismo romántico de Shelley, asesorada por el profesor José María Valverde, y que fue el inicio de las investigaciones que culminarían diez años después con su tesis de doctorado.

En Barcelona, y paralelamente a sus estudios, Patricia Cruzalegui enseñó inglés en diversos colegios e institutos, habiendo obtenido en 1994 una cátedra en la Escuela Oficial de Idiomas de Barcelona, donde dio clases hasta pocos meses antes de su muerte.

Las revistas *Quimera*, *Hora de poesía*, *Camp de l'Arpa*, así como el suplemento *Dominical* de *El Comercio* de Lima, acogieron sus artículos sobre Shelley, Wilde, Chatterton (uno de los primeros románticos ingleses), Rosetti, Fitzgerald, Sidney y Wolff que revelan una larga y apasionada frecuentación de esos autores, en especial Shelley y Fitzgerald. Sus artículos, escritos en una prosa sencilla y precisa, son sugerentes presentaciones de libros, temas y problemas sin otra pretensión que la de comunicarnos su entusiasmo.

Y entusiasmo era lo que ponía Patricia Cruzalegui en todo lo que hacía, desde su entrega en la amistad hasta su dedicación al trabajo intelectual y la docencia.

Sus traducciones de obras de Dylan Thomas y de Isaac Bashevis Singer son una muestra de la responsabilidad con la que asumía su tarea y la capacidad para realizarla.

Esta evocación de Patricia Cruzalegui sería incompleta si no mencionara su pasión por los libros. Era una compulsiva y enterada compradora que, a lo largo de años y sacrificios, logró reunir una excepcional biblioteca. En Lima, y después en Barcelona, se hizo conocida en todas las librerías. Allí era casi cotidiana su presencia

menuda e inquieta, hurgando horas en anaqueles, buscando y encontrando el libro raro o la edición agotada.

En la vida y vocación de Patricia Cruzalegui, su madre, Rebeca Sotelo de Cruzalegui, ocupó un lugar fundamental. Ella apoyó y fomentó sus inquietudes iniciales y siempre, a pesar de la distancia, fue una presencia estimulante y protectora. A su enfermedad, viajó a Barcelona y estuvo con ella hasta el final y, así, lo último que vio Patricia Cruzalegui fue, posiblemente, lo primero que había visto.

Sin duda que poco a poco nos iremos resignando a la muerte de Patricia Cruzalegui y nos acostumbraremos a que su tiempo sea un pasado al que nuestro recuerdo se dirigirá con gratitud y cariño, pero es seguro que siempre la encontraremos en sus artículos, traducciones y trabajos académicos, magníficos testimonios de su talento, inteligencia y tenacidad.

Nos queda el consuelo de saber que Patricia Cruzalegui logró realizar sus mejores sueños.

Amigo viejo

Fernán Alayza Alves-Oliveira

A Guan Shilian lo conocí cuando inicié mis estudios universitarios de lengua china en el Instituto del Idioma de Beijing, en diciembre de 1973. Yo había llegado a la China en marzo y, después de estudiar siete meses con un profesor particular, había logrado ser admitido en ese Instituto, el primero que reabrió sus puertas a los extranjeros occidentales tras el receso impuesto años atrás por la revolución cultural. Guan era parte de un grupo de doce profesores secundarios de los cursos de *Lengua y literatura* de la provincia del Hebei, a los que el gobierno chino había decidido preparar en el idioma castellano con el objeto de enviarlos a los países latinoamericanos para enseñar chino en programas de intercambio cultural. Guan tenía 40 años y era el mayor de su grupo; por eso le llamaban «Viejo» y él mismo así se llamaba, porque la edad en China es una cualidad asociada con la experiencia y la sabiduría. Yo no formaba parte de ningún grupo, pues era el único peruano, ya que mi hermano Gaspar había decidido a última hora optar por otros caminos de estudio. Me asimilé entonces al que constituían los cinco mexicanos y juntos conformamos la totalidad del grupo latinoamericano. En este grupo yo era el más joven. Tenía 17 años.

Los estudiantes latinoamericanos compartían con los chinos estudiantes de castellano el mismo corredor en la residencia de estudiantes. Había varias razones para encontrarnos. Ellos eran los anfitriones; nosotros éramos los visitantes. Ellos estudiaban nuestro idioma y estaban ansiosos de practicarlo; nosotros estudiábamos el suyo y yo, además, como llevaba una ventaja de siete meses a los cinco mexicanos, era el que más conocía el idioma y comprendía a la gente del lugar. Mi habitación estaba situada al lado de la que estaba enfrente de la de Guan.

Guan era el mayor dentro de su grupo, era también el más culto y el que tenía mayores experiencias. Todos eran amables y amistosos; pero Guan era el más libre. Era también el que más leía, inclu-

sive libros viejos en los que (se solía pensar) hay muchas ideas viejas y «reaccionarias». Mientras los otros se vestían con gruesos abrigos guateados, Guan usaba un chaleco con interior revestido de pelos de cabra. Recuerdo haber introducido a algunos estudiantes europeos a la amistad con Guan. A todos nos gustaba alternar con Guan, quizá sobretodo a causa de que era el más apegado a las costumbres tradicionales chinas que a nosotros tanto nos interesaba conocer. Guan se lamentaba que, debido a su edad, no le resultaba fácil el estudio del castellano. Y esto era evidente cuando se le comparaba con sus compañeros, sobretodo con el menor que era el «Joven Li». Pero, a pesar de que hablaba el castellano con dificultad, era el más interesante por su propio carácter. En el comedor de los estudiantes escogía sopa de fideos para la cena. Y sus compañeros lo llamaban «el rey de los tallarines», en chino y en castellano. Guan se sentía orgulloso de este apodo y años más tarde me lo recordó en Lima. De Guan aprendí el sistema que hoy uso para buscar los caracteres chinos en el diccionario y que se basa no en el análisis y ordenamiento de las partes que los componen sino en la pura geometría de sus cuatro ángulos superiores e inferiores, diestros y siniestros. Este método era ya para entonces un tanto inusual, pero lo preferí a los otros porque permite a quien lo domina encontrar con gran velocidad los sinogramas en el diccionario. Y un estudiante de lenguas tiene necesidad de consultar el diccionario con mayor frecuencia que el promedio de los que usan la lengua propia.

En 1989 visité al doctor José León Herrera en su oficina del Centro de Estudios Orientales y me contó que había llegado un profesor de chino y que venía de Hebei. Inmediatamente pensé en mis doce amigos de hacía 15 años. Como el doctor León me dijo que se apellidaba Guan estuve casi seguro de que se trataba de mi amigo «Viejo». En efecto, cuando me dirigí a su pensión en la calle Diez Canseco me encontré con este antiguo amigo. Yo había dejado de ser el jovencito de entonces y me iba acercando a la edad en la que él se hizo llamar "Viejo". Estaba lleno de entusiasmo y de temores por la tarea que estaba a punto de asumir. Le habían encargado un curso de *Lengua china clásica* y sentía no poder hacerlo por la imposibilidad de exponer los temas usando ante sus alumnos la lengua

china moderna. Los doctores José León y Óscar Mavila le habían también pedido que hiciera un curso de poesías chinas para los profesores del Departamento de Humanidades. Como estaba alejado de su familia, a quien extrañaba sobremanera, se relajaba practicando el arte caligráfico. Extrañaba a su familia y hablaba de las gracias de su nieto: siendo un infante había dicho una vez sobre un asunto que juzgaba de poca importancia «*wu suo wei*», que es expresión propia de la lengua clásica, por más que se use también en la lengua moderna. La caligrafía escoge con frecuencia poemas de la época Tang y letras de la época Song. Guan le regaló algunas caligrafías a sus amigos cercanos: el doctor León, el doctor Mavila y el jefe del Departamento de Humanidades, el doctor Lerner. Guan quería que ellos no solo apreciaran la forma caligráfica, sino también el contenido poético de los versos. Me encargó que tradujera algunos de ellos y se mostraba insatisfecho cada vez que, al hacerlo, yo agregaba palabras para expresar lo que decía el poema. Me decía que el poema clásico sugiere las cosas y se expresa sin buscar la claridad lógica. Aprendí a traducir los poemas ateniéndome a lo que decían las palabras en chino. Y entonces él aceptaba las versiones pues imaginaba que quien las leyera gozaría del poema como él lo hacía leyendo el original. Estoy seguro de que en esto se equivocaba. No es tarea fácil traducir un poema chino. Pero me obligó a una fidelidad con el original que luego se convirtió en mi estilo de traducir.

El primer día de nuestro reencuentro en Miraflores le pedí que me dijera con qué sinograma se escribía su nombre y me dijo: *mi apellido Guan se escribe con el «guan» de «guan-guan ju jiu», («Cuan-cuan», gritan los halietos)*, el primer verso del primer poema de la *Urdimbre de la Poética*, el libro clásico de la poesía. Guan es un humanista y cultor de las letras clásicas chinas.

Por razones de trabajo me alejé algunos meses de la Universidad y no pude frecuentar a Guan. Cuando lo volví a encontrar, sentí que estaba atravesando una crisis en su adaptación al medio peruano. Le molestaban algunos de los hábitos de la gente y del lugar: las parejas que se expresaban con demasiada libertad en los parques y avenidas, las cámaras fotográficas obsoletas de los retratistas de

las plazas, los carros viejos y destartalados. Pero le seguían atrayendo los aspectos que él consideraba exóticos: me pidió que lo fotografiara teniendo como fondo la fila de palmeras del malecón de Chorrillos, donde una vez me vino a visitar. Tenía un interés solidario en los problemas de sus amigos y de sus alumnos que fueron haciéndose amigos. Con frecuencia percibí su interés solidario hacia mis asuntos personales.

Guan fue el primero de los seis profesores visitantes chinos que vinieron al Centro de Estudios Orientales, cada uno por dos años. Regresó a Shijiazhuang a principios de 1991. Han pasado otros diez años. Ahora yo tengo más edad de la que tenía el «Viejo» cuando lo conocí. Por desidia propia no he mantenido el contacto. Pero los amigos de la Católica hablamos siempre de él, cada vez que nos encontramos. La historia de nuestros encuentros -estoy seguro- no ha terminado. Y un día volveremos a vernos. O quizá su nieto y mi hijo, a quien le lleva tal vez unos diez años. Y entonces Guan se presentará diciéndole a Alayza: «Me llaman 'el Viejo'.»

Luis Felipe Guerra Martinière

Diógenes Rosales Papa

En el patio de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú (Plaza Francia), en agosto de 1968, conocí a Luis Felipe Guerra a raíz de un concurso para jefaturas de práctica del curso de *Lógica*. Desde aquella circunstancia, el carácter y la personalidad de Luis Felipe calaron hondamente en mí, casi de inmediato tuve la fortuna de gozar de su amistad. De estatura mediana, ligeramente regordete, carismático, pausado en el hablar, con una inmensa sensibilidad humana en el trato, plétórico de erudición, filósofo conocido en los medios intelectuales del Perú y en el extranjero, era, sin duda, uno de los filósofos más conspicuos y profundos en los temas que cultivó.

Como profesor universitario prestó especial atención en la educación de sus alumnos, porque sabía que la educación era el medio más eficaz en la formación humana y humanística del hombre; por ello, con su innata preocupación, guiaba con entusiasmo a los estudiantes a elevarse hacia el mundo del conocimiento, particularmente en la formación del hombre como tal, pero tomando como punto de referencia la creatividad humana en la enseñanza. En este sentido, Luis Felipe ha dedicado lo mejor de él a la Universidad Católica. Con seguridad, los alumnos que compartieron en sus clases o en sus conversaciones particulares han gozado de las bondades personales e intelectuales de un hombre sencillo y amable en el trato y de un profundo sentimiento por la persona humana.

Luis Felipe Guerra nació en Lima el 29 de mayo de 1930 y falleció en la misma ciudad el 18 de octubre de 1974, cuando ejercía la docencia en la Universidad de Lima. Estudió Filosofía, Derecho y Educación en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Se doctoró en Filosofía con la tesis *El logicismo en Bertrand Russell*.

Como profesor universitario, además de haber impartido la cátedra de Filosofía en la Pontificia Universidad Católica del Perú, con

la amabilidad y el entusiasmo que le caracterizó, transmitió sus conocimientos en distintos centros académicos: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Universidad Nacional Agraria La Molina, Universidad Femenina del Sagrado Corazón (Unifé), Escuela del Servicio de Inteligencia del Ejército, Academia de Guerra Aérea y Escuela de Oficiales de la Fuerza Aérea del Perú. Su capacidad y su formación profesional le permitieron desempeñar diversos cargos; fue secretario de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas y miembro del Consejo Superior de la Pontificia Universidad Católica del Perú, miembro de la Comisión Reformadora del Ministerio de Educación sobre cursos de Filosofía de las Escuelas Normales, miembro del Colegio de Abogados de Lima, decano de la Facultad de Letras de la UNIFÉ y en 1969 formó parte de la Comisión Organizadora de la Universidad Particular Ricardo Palma.

Por su dedicación a la filosofía y por su talento en ella, especialmente por su interés en la Filosofía de la Ciencia, en 1963 obtuvo el Premio Nacional de Filosofía Fomento a la Cultura. Luis Felipe siempre fue un filósofo de vanguardia, representó al Perú con ponencias en diversos eventos académicos nacionales e internacionales: Congreso Americano de la Filosofía (Canadá, 1967), Congreso Mundial sobre Séneca (Madrid, 1967), Congreso Latinoamericano sobre Filosofía Tomista (Santiago, 1964) y Congreso de Filosofía de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina, 1970).

Como filósofo, colaboró en revistas especializadas: *Mercurio Peruano* (Perú), *Boletín del Instituto Riva-Agüero* (Perú), *Diálogos* (Puerto Rico), *Man And World* (USA) y *Revista Iberoamericana de Crítica* (España). Entre sus publicaciones más importantes se cuentan: *El Logicismo de Bertrand Russell*, *La filosofía de la naturaleza de Teilhard de Chardin*, *González Prada*, *Alejandro Deustua*, *Un plan de comprensión del Perú*, *¿Existe una sexta vía?*, *El derecho natural de Hans Kelsen*, *El tiempo en Séneca*, *Lógica matemática* y *Relaciones entre la lógica formal y la lógica dialéctica*.

Luis Felipe Guerra, como educador, maestro y filósofo, tuvo especial interés y preocupación sobre el conocimiento de nuestra realidad. En la apertura del año académico 1967 de la Universidad Católica, su discurso de orden estuvo orientado a *Un plan de com-*

preensión del Perú. Allí dice: "Nuestro punto de partida está enraizado en la situación existencial del Perú", realidad que precisa un cambio fundamental en su modo de vida, en la estructuración de la sociedad, realidad que debe hacerse consciente de estas circunstancias para alcanzar la transformación. Nuestro filósofo replica a aquellos que piensan que esta transformación requiere solo de dos niveles: el técnico-operativo y el científico-fenoménico, esto es, por ejemplo, modificar la realidad mediante la planificación de la administración pública o empleando métodos teóricos como leyes, hipótesis, principios. Como estos dos niveles no conducen a una comprensión total del Perú, Luis Felipe considera que la comprensión del Perú requiere de un nuevo nivel que es el filosófico; de esta manera, añade una actitud polémica como una actitud positiva, inclinándose por la filosofía social, una acción dinámica que compromete la auténtica realización, una filosofía dialéctica que posibilita y fundamenta la praxis transformadora, es decir, transformar el Perú con ciencia y tecnología, pero con un espíritu, un alma expresada en la filosofía.

Luis Felipe fue un hombre comprometido con la filosofía de su época. Como catedrático universitario fue uno de los impulsores de la lógica y de la filosofía de la ciencia en la Universidad Católica. Fue uno de los primeros que divulgó el pensamiento de Telhaire de Chardin sobre una concepción del evolucionismo, alejado de los planteamientos darwinianos, manteniéndose dentro de una postura cristiana ortodoxa. Escribió *Lógica matemática*, en coautoría con Hugo García Salvatecci, texto para un curso introductorio donde presenta las bases teóricas y las operaciones básicas de la lógica proposicional, la lógica de predicados y la lógica de clases. El contenido de este texto universitario está inspirado en las corrientes de la lógica formal, particularmente en la filosofía del Positivismo Lógico, y la lógica tradicional clásica que sigue la corriente fenomenológica de Pfänder.

También tuvo especial interés por los problemas no resueltos de la lógica; siempre escudriñaba sobre filosofía de la lógica, especialmente las paradojas y las lógicas no-standard "¿Estos problemas lógicos -decía- no están señalando los límites de la razón lógica de manera muy semejante a como lo hicieran las famosas antinomias de Kant?"

Distinguió con claridad la lógica formal de la lógica dialéctica (*Relaciones entre la lógica formal y la lógica dialéctica*, en *Lógica* [Fondo Editorial PUCP, 1976]). En este punto determina las tres distinciones básicas del concepto "dialéctico": mística cognoscitiva, científica y la lógica dialéctica marxista. En torno a la lógica dialéctica, dice, está vinculada estrechamente con la consecución de un proceso revolucionario que introduce categorías pragmáticas de valoración, por eso esta lógica debe aclarar las contradicciones de clase, prever los cambios estructurales y colaborar a crear un tipo de sociedad, la socialista. De la relación de estas lógicas nos remite a dos actitudes fundamentales del espíritu humano: la *apolínea* (lógica formal) y la *dionisiaca* (lógica dialéctica).

La tesis central de su pensamiento está en *El logicismo en Bertrand Russell*, (Instituto Riva-Agüero, 1961) donde se manifiesta la concepción filosófica de la ciencia. Si bien la lógica ha alcanzado su altísimo nivel de abstracción hasta alcanzar las regiones de la metafísica, sin embargo, dice Luis Felipe, esta lógica ha olvidado su labor fundamental en todo proceso científico, esto es, la reflexión sobre la propia realidad en desarrollo, por construir una metafísica de la realidad con solo elementos lógicos. Su investigación está dirigida a analizar las características necesarias en la lógica de Bertrand Russell; en su estudio encuentra conceptos sobre semiótica, cálculo lógico donde aparecen atisbos de interpretación lingüística de la realidad, elementos que le serían útiles en la construcción de una filosofía de la lógica, de una filosofía de la ciencia; lo que implica que Russell solo desarrolló el aspecto extensivo de la lógica, pero dejando como hipótesis de trabajo el problema de números infinitos, la necesidad de una intuición crítica, la lógica aparece como una estructura formal de la matemática, los conceptos de *serie*, *coordinación biunívoca* y *la dimensión* no fueron explotados del todo.

Fue un hombre creyente que mantuvo la práctica religiosa y de allí su vinculación con la filosofía cristiana, con autores como Mousnier y con el personalismo de Gabriel Marcel.

Luis Guzmán-Barrón Sobrevilla

Salomón Lerner Febres

He de confesar -y esto lo sabe bien Lucho- que me produce aprehensión el tener que, por razones de función, expresarme en público. Lucho y también Marcial han sido en numerosas ocasiones testigos de ese sentimiento y, generosos, han venido en mi auxilio reemplazándome. Pues bien, ésta es una de las raras ocasiones en las que sin asomo de duda y más bien animado por una gran alegría me he decidido a hacer uso de la palabra. Y no podía ser de otro modo, pues esta circunstancia es la más propicia para decir públicamente a todos los amigos de la comunidad universitaria cuán profundamente Luis Guzmán-Barrón se ha enraizado en mis afectos. Debo referirme ante todo a la amistad que se ha construido entre nosotros. Desde los ya lejanos años en los que como jóvenes profesores acudíamos a las jornadas de preparación del examen de ingreso, sea en Huaychulo, Tarma o Ica, comenzó a crecer entre nosotros y también en nuestras familias vínculos que el tiempo se ha encargado de afianzar. Luis Daniel y Pedro Alfonso, nuestros hijos, en sus juegos infantiles primero y en sus inquietudes juveniles después, fueron el más claro testimonio de una relación cada vez más estrecha entre nosotros. No constituyeron obstáculos para nuestro entendimiento nuestras radicales diferencias sobre el fútbol -aliancista él, de Universitario yo- ni por supuesto tampoco nos alejó ese desacreditado estereotipo que hacía de él un "ingeniero cuadrículado" y de mí un "rayado humanista".

Aficiones comunes y por sobre todo un cariño compartido, honesto y profundo por la Universidad Católica, nos acercaba. Más adelante el trabajo próximo y la actitud solidaria en el seno del Consejo Universitario sirvieron para unirnos más. Sin renegar de

Palabras leídas en la ceremonia de homenaje al ingeniero Luis Guzmán-Barrón Sobrevilla por sus 40 años de labor en la PUCP (21 de marzo del 2002).

sus calidades ingenieriles, Lucho supo acercarse a mí -gente de Letras- para revelarse en ese terreno como una persona refinada y culta, atenta a la última novela, comprometido con la actividad teatral, hábil conocedor de las grandes realizaciones fílmicas. Fuimos compañeros en tiempos difíciles para la Universidad y allí, en el Consejo Universitario, su palabra lúcida y oportuna se hizo fundamental, pues a la vez que representaba los intereses e ilusiones de su área, Lucho era lo suficientemente honesto como para desprenderse de banderías y optar por lo mejor para la Universidad cuando ello era menester. Fue jefe de la entonces llamada, no sin cierta sorna, Durapía -lo que es hoy la DARAP- y lejos de granjearse enemistades en una función delicada y compleja, hizo de su trabajo en aquella época el período en el que más amigos cosechó. Lo hizo porque en todos los casos aportó ese elemento esencial sin el cual no puede haber amistad: la comprensión del otro, el poder ponerse en una piel distinta. Fruto natural de esa actitud fue la generación de un sentimiento inmediato de simpatía que conducía necesariamente a la apertura recíproca, a la confianza y al buen consejo.

Con el comienzo de una nueva administración en la Universidad en 1994, se abrió un renovado capítulo en nuestra amistad. Ella se ha robustecido en el día a día y se alimenta hasta hoy tanto en las alegrías surgidas frente a los avances de nuestra Universidad cuanto de las preocupaciones y pesares frente a los problemas que a veces parecen no tener una solución definitiva.

Así como retrato la historia de la amistad de Lucho conmigo, estoy convencido de que muchos otros en la Pontificia Universidad Católica del Perú podrán contar historias parecidas. Y aquí es necesario dar paso a una segunda experiencia que marca mi relación con Lucho. Ella es la del reconocimiento. No se trata de encontrarse agradecido por su amistad porque ella es, bien lo sabemos, gratuita y supone una mutua y transparente donación de afectos. Yo, y conmigo toda la Universidad Católica, nos hallamos agradecidos con Luis Guzmán-Barrón por la calidad de su trabajo, por lo completo de su entrega a la consecución de los ideales de la Universidad, en fin, por la lealtad con la cual se avino a trabajar dentro del

equipo de gobierno de nuestra institución. La magnitud de su compromiso se hace patente si pensamos, por ejemplo, en su constante labor como promotor en la renovación de los planes de estudio o como impulsor en la incorporación de nuevas tecnologías en la Universidad. No hay, quizás, mejor manera de medir esa voluntad de servicio tenaz y sincera que con la simple mirada al calendario. Hoy, juntamente con el homenaje que rendimos a otros destacados colegas, celebramos cuarenta años -todo lo que dura una vida- en los cuales Lucho existió en buena medida *en, por y para* nuestra querida Universidad. Esta cumple, como sabemos, ochenta y cinco años. Pues bien, si consideramos su período de estudiante en nuestro claustro, nos daremos cuenta de que Lucho se halla vinculado con esta Casa de Estudios en más de la mitad de su historia. Ha sido, pues, testigo y autor en momentos que han resultado decisivos en nuestra marcha institucional y por ello constituye, junto con otros pocos docentes en actividad, la memoria viva y profunda de la Universidad Católica.

En verdad, querido Lucho, me alegra enormemente que hoy las autoridades de esta Casa, tus compañeros en la docencia, los amigos que has ido cosechando, es decir, todos los que integramos la comunidad universitaria, podamos reconocer y agradecerte todos esos años de dedicación y entrega. Y es tal mi alegría que ni siquiera pienso replicarte cuando, más tarde y quizá durante varios días, me comentes con orgullo esa tremenda injusticia que significó anteayer la derrota de la U.

Homenaje a Salomón Lerner

Luis Jaime Cisneros Vizquerra

Si estamos celebrando a quienes se han distinguido gracias al estudio, bien está que inicie recordando a Pico della Mirandola, hombre que -en el siglo XV- se preocupó por exaltar la dignidad del hombre y la armonía universal entre las distintas filosofías y religiones. En su *Discurso de la dignidad del hombre*, en un pasaje destinado a exaltar el valor de la filosofía y lamentar el descrédito en que se hallaba por entonces, acusa severamente a los que pretenden ligar el ejercicio de la filosofía con el bienestar económico.

"Se ha llegado al punto -¡ay, bien doloroso!- en el que no se reputa sabio a nadie a menos que se dedique al estudio de la filosofía profesionalmente, a cambio de un sueldo."

Y resumiendo su malestar, agrega:

"Lanzo estas acusaciones con sumo dolor e indignación... contra los filósofos que sostienen e incluso declaran abiertamente que no hay lugar para la filosofía si no es a cambio de algún beneficio o de alguna recompensa, como si ellos mismos no revelaren con esta sola afirmación que no son filósofos. Pues, dado que toda su vida está puesta en el lucro o la ambición, no abrazan el conocimiento de la verdad por sí misma. Yo me atribuiré el mérito (...) de no haber filosofado jamás por ninguna otra causa sino por el deseo de ser filósofo, y de no haber esperado ningún beneficio de mis estudios y de mis reflexiones... ni haber buscado otra recompensa que no fuera cultivar mi mente y el conocimiento de la verdad."

Palabras leídas en la IV Ceremonia de Homenaje a Exalumnos Distinguidos, organizada por la Asociación de Egresados y Graduados de la Universidad Católica y efectuada en el salón *Paracas* del Hotel Swissôtel (San Isidro - Lima) el 19 de octubre del 2001.

Cómo no van a ser ideales estas palabras para homenajear a Salomón Lerner Febres, profesor de filosofía y, seis siglos después de Pico della Mirandola, presidente de la Comisión de la Verdad. Al habernos convocado a homenajear a gente que ha dado testimonio de su empeño en campos diversos del saber, mostramos que ésta es realmentè una fiesta de unidad y coherencia espiritual. Por un lado, es un reconocimiento público que las generaciones nuevas hacen de las anteriores. De otro lado, se incurre en el acierto de vincularlo con el hecho de haber sido estudiante calificado. Al destacar la personalidad de universitarios que han merodeado por campos distintos del quehacer universitario, estamos proclamando una verdad cuyo significado conviene resaltar en esta hora de niebla. Nos hemos reunido, profesores y estudiantes de ayer para confirmar que somos comunidad. En los actuales momentos, creo que esto tiene honda significación.

En su pasaje de sus *Confesiones*, afirma San Agustín que “*toda parte que no es congruente a su todo es viciosa*” (Conf. I,3,8). He estado meditando sobre este pasaje para compartir con ustedes, en homenaje a Salomón, esta reflexión: “*La individualidad aislada no es una unidad completa y suficiente*”. La plenitud de la comunidad queda expresada en la congruencia. Eso es lo que en el fondo estamos proclamando esta noche de octubre. No nos interesa ser uno entre muchos; lo que nos importa es ser *monos*, que en griego significa “uno solo”. Y el mismo San Agustín, en pasaje distinto que quiero vincular con el ya citado, explica que “*los que viven juntos de tal modo que poseen realmente... un solo corazón y un alma, éstos digo que pueden llamarse monos, esto es, uno solo.*” (In Psi, cxxxii,6). Esta ceremonia confirma que somos una comunidad. Y si estamos celebrando la buena disposición que para el trabajo académico han mostrado gentes como Salomón Lerner Febres, es porque formamos comunidad para defendernos de la ignorancia y de la desconfianza. Y si haber ingresado en la comunidad universitaria fue limitando felizmente nuestro orgullo y nuestra suficiencia, es porque descubrimos que la solidaridad creada gracias a la curiosidad y al conocimiento ha ido perfeccionando nuestra seguridad como hombres pertenecientes a la comunidad, y porque en este intercambio de logros y experiencias se ha ido robusteciendo nuestra

fortaleza espiritual. Y es que si no tenemos conciencia comunitaria, no somos sino tristes espectadores de la universidad. Pero si estamos acá en esta ceremonia es porque nos reconocemos convocados para ser agentes, y estamos convocados a la acción. La acción nos hace, la actividad nos junta; la curiosidad es el motor de esa acción generadora del progreso.

Y no podemos, por tanto, extrañarnos de que Salomón esté entre los convocados a esta celebración. En octubre de 1997, en un simposio organizado por el Congreso Arquidiocesano, leemos esta afirmación suya: *"integrar y comprender nuestras disimilitudes fue siempre nuestro gran reto"*. Es certeza adquirida en el trajín universitario. Yo, que lo he gozado como alumno, como colega y como autoridad, he confirmado en sus actos y en sus declaraciones en qué medida ha sido fiel, no digo a las teorías aprendidas, sino a la recia filosofía, y cómo en su idea de la universidad, en su irrecusable amor por la tarea universitaria, sigue siendo aquel muchacho que en la hora del ingreso, cuarenta años atrás, ofreció un primer testimonio de que el conocimiento y la verdad eran su mejor galardón.

Y para explicar la justa relación entre sus ideas y las de Pico della Mirandola con que inicié esta reflexión, quiero destacar, como signos de su fidelidad a las fuentes, algunos fragmentos suyos que confirman que el rector de la UC es felizmente un profesor de filosofía. Uno de los temas de batalla de Salomón, en los últimos tiempos, ha sido el de la presencia de la ética en el mundo universitario. Si debe la universidad estudiar y comprender al hombre en su real y compleja dimensión debe admitir:

"Que la universidad, por vocación propia debe atreverse a meditar sobre la dimensión de lo posible y, más precisamente, de la posibilidad entendida desde una perspectiva ética." (Reflexiones, 33)

De cómo se ha deteriorado la moral en el país se nos ofrecen diarias pruebas dolorosas. Lerner advierte por eso cuán ligada está la educación a la formación del hombre en el marco de una realidad determinada:

"La educación en su sentido clásico, apunta tanto a una elevada formación de la persona como a la plena realización de los objetivos sociales." (ibid.7)

Y como el progreso transforma ciertamente la realidad social, y por ende va modificando sus objetivos, la universidad debe ir modificando planes y programas. El rector de la Católica es consciente de ello cuando afirma:

"...una universidad, para serlo realmente, debe abrirse a nuevas disciplinas."

El progreso de nuestra vida universitaria en la Católica está ligado con estas ideas centrales. A nadie se le escapa, y los textos de Lerner lo confirman, que *"es tarea de la universidad ser un lugar de convergencia en el cual todos los saberes encontrarán su espacio de expansión y de comunicación con ramas afines en una a veces no tan aparente red de vasos comunicantes."* (ibid. 9)

Ha sido Lerner decano de los Estudios Generales Letras, jefe del Departamento de Humanidades y es, por voluntad reiterada del claustro, nuestro rector. Y he sido testigo de que en tales funciones han tenido pleno ejercicio las ideas expresadas en uno de sus trabajos:

"La universidad es... una realidad interdisciplinaria, lugar propicio para el diálogo libre y honesto entre las distintas áreas del saber, que permite avanzar en el conocimiento del hombre y de su comunidad." (ibid.10)

Pero yo necesito clausurar esta intervención mía probando que Lerner es un auténtico filósofo y que esta afirmación no se funda en diplomas sino en un haz de ideas esenciales sobre la filosofía, el saber y la responsabilidad de la tarea universitaria. No ha tenido miedo Salomón de hacer frente a algunas responsabilidades políticas que a la universidad conciernen. Y es que, como buen entendido en asuntos filosóficos, sabe que si no nos interesa el *homo humanus* es ingenuo anunciar que puede interesarnos la *polis*. Por eso, cuando alguien puede argumentar que no se justifica haber asumido

esta responsabilidad tremenda de presidir la Comisión de la Verdad, es bueno recordar unas palabras de Salomón, muy anteriores a esta circunstancia:

"Hemos... de abogar incesantemente por la defensa de la identidad de lo humano. Identidad significa, hay que decirlo con más énfasis que nunca, constitución de caracteres originales sobre la base de un reconocimiento mutuo anclado en el diálogo y la comunicación, la aceptación de la pluralidad a partir de lo común y lo compartido, sin que el resultado sea una nivelación de las diferencias, sino más bien el presupuesto necesario para el desarrollo de calidades singulares que, empero, sólo alcanzan sentido en el seno de una radical dignidad común." (ibid.35)

Haber asumido el riesgo de la verdad, meta del conocimiento, es rubricar con énfasis rotundo estas reflexiones. Y es un nuevo testimonio de que Salomón Lerner Febres no es hombre que se amilane ante una responsabilidad como intelectual.

Anna Maccagno y sus hijos espirituales

Alejandro Alayza Mujica

El día de hoy, la Asociación de Egresados y Graduados de la PUCP rinde homenaje a una de las personalidades más relevantes del arte en nuestra Universidad, pues por su vocación artística la condujo a ser alumna, profesora y autoridad, y una de sus obras engalana la capilla ubicada en el Centro de Asesoría Pastoral Universitaria (CAPU).

Y para esta ocasión tan especial se me ha pedido dirigir unas palabras en homenaje a quien fuera primero mi profesora y después mi respetada colega.

Anna vive su juventud en Roma, -según alguna vez ella misma me contó- en un viejo edificio de la *piazza Farnesse* del cual se cuenta, la escalera era diseño del gran Bernini. Allí nació y creció Anna, cuidada y alimentada por amorosos padres, donde la tradición católica es tan natural en romanas maneras. Fue bautizada en San Pedro, por un monseñor amigo de la familia, lo que era como darle un signo muy especial al inicio de su vida.

Anna conoció a Emilio Maccagno desde su juventud. Con él formará su hogar, hasta que finalizada la guerra saldrá en el primer barco con destino a América, más exactamente al Perú, donde Emilio cumpliría labores de diplomático. Por esos años de 1952, Anna ingresará de alumna en la escuela de don Adolfo Winternitz en el local de la Plaza Francia. Ahí estaría con buenos amigos como Remo Remotti, Jorge Piqueras, Fernando de Szyszlo y otros hasta el año 56.

Palabras leídas en la IV Ceremonia de Homenaje a Exalumnos Distinguidos, organizada por la Asociación de Egresados y Graduados de la Universidad Católica y efectuada en el salón *Paracas* del Hotel Swissôtel (San Isidro - Lima) el 19 de octubre del 2001.

Adolfo enseñaba en esa época el curso de *Dibujo, pintura y modelado*.

Luego de finalizar sus estudios, regresa a Europa -a Italia y Francia- a estudiar nuevos materiales y técnicas. Todavía no se conocían bien el acero y la resina. Se quedará allí durante algunos años. Cuando Adolfo sintió el peso del tiempo y necesitó más manos, la llamó para enseñar en el año 1965. Anna, entonces, organiza el curso de *Escultura, Talla en madera, Modelado en arcilla, Modelado en yeso, Estudio natural*, entre otros. No es que estos cursos no se ofrecieran antes, sino que no eran específicamente de la especialidad de escultura, eran parte de la formación general. Anna organiza todos esos temas y dio forma definitiva al área de escultura.

Recordamos de esa época a sus primeros hijos espirituales: Susana Rosselló y César Campos. Había alumnos más interesados por el trabajo en piedra. Se organizó la especialidad artística en que destacaran Susana Rosselló y Lika Mutal. Éstos serán casos muy representativos. Lika, holandesa, venía de Colombia y estaba muy interesada en la creación. Anna, con mano firme y exacta le hizo entender la génesis de su creatividad y su admiración por los Andes.

Anna será maestra y creadora y descubrirá una fuente más intensa que su natural belleza: hará desarrollar profundidad y sencillez a todos esos amigos: sus hijos espirituales. Todo sin descuidar sus encargos internacionales: Francia, Alemania, Italia.

Anna, cerca de Adolfo, cuida, organiza, prevé. Ese tiempo, es más que nunca, el de su vocación de maestra.

Encontró allí su sitio en el silencio que libera a sus alumnos o que permite se muestren, se manifiesten. Allí están sus obras de esa época: obras como la *Virgen con el Niño* de la iglesia de Jesús Obreiro, en cemento blanco, o *Nuestra Señora de Guadalupe*, de acero inoxidable, en la parroquia del mismo nombre, o el *Vía Crucis* de la iglesia de San Antonio de Padua (Jesús María) -todas obras de iglesia-altares, candelabros, fuentes bautismales, sagrarios, etc., que muestran que no solo está dedicada a la enseñanza sino también a la meditación del misterio. Todo desde el servicio: la integración a

una Iglesia viva que se manifiesta con su hacer de escultora y su enseñanza a una humanidad que busca trascender.

Con sencillez y tenacidad, Anna Maccagno contribuyó personalmente a la formación de varias generaciones de escultores y artistas, dedicando para ello buena parte de su propio tiempo y comodidades. Por eso, sus alumnos fueron más que eso: fueron, en realidad, sus amigos.

La constancia de su labor docente formando escultores determina que hoy sea posible considerar a Anna no solo como una artista de jerarquía internacional sino como uno de los más importantes factores en la renovación de la escultura peruana contemporánea. Desde esa perspectiva, Anna ha contribuido a una renovación del quehacer artístico poniendo el trabajo escultórico en un plano de mayor eficacia social y expresividad espiritual.

Antes, Anna ya había merecido diversos reconocimientos por su labor: es *profesora honoraria* de varias universidades, ha sido condecorada por el gobierno italiano y la Municipalidad de Lima y en 1993 el gobierno peruano le concedió las Palmas Magisteriales en el grado de *Amauta*.

Hoy, la Asociación de Egresados y Graduados de la Universidad le rinde homenaje como exalumna distinguida: se trata de un homenaje muy justo, puesto que Anna Maccagno no solo es una exalumna que prestigia a la Universidad sino que, por sus múltiples virtudes, algunas de las cuales hemos revisado rápidamente, es hoy una de sus exalumnas más destacadas.

José Enrique Mavila del Río

José Gabriel Tejada Zavala

Nació en Trujillo el 12 de noviembre de 1957. Es el mayor de los 4 hijos de José Mavila y Juana del Río. A la edad de 5 años fallece su padre y al poco tiempo se va a vivir al Brasil con su madre, que ha asumido un nuevo compromiso, y con sus hermanos. Hablaba muy bien el portugués. Su persistente interés por el arte le ocasiona problemas en su familia. Por esos años va y viene del Brasil hasta que finalmente en 1978 regresa definitivamente a radicar en el Perú en casa de sus abuelos maternos y realiza estudios en la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Lima. Al año siguiente su vocación artística lo lleva a participar en un curso de *Dirección escénica* a cargo de Sergio Arrau, director chileno con muchos años de labor fructífera en el Perú.

El verano de 1980 marcaría el inicio de su etapa profesional al ingresar en la Escuela de Teatro de la Universidad Católica. Su dedicación profesional en la escuela le permitió participar como actor bajo la dirección de Roberto Ángeles, Joaquín Vargas y Alberto Ísola. Concluida la etapa de formación en la escuela, consigue asumir el reto de la docencia, especializándose en el capítulo de formación de actores para la construcción de personajes. Paralelamente es considerado como profesor de la actividad de Teatro en los Estudios Generales Letras de la Universidad Católica, labor que realizaría durante varios años en diferentes períodos.

Como es común en el desarrollo de la profesión de teatrista, José Enrique debió combinar sus labores de docencia con la actuación y la dirección escénica y es así que en 1982 realiza su primer trabajo de dirección teatral con una versión libre de la obra de E. O'Neill, *Hughie*, que en el montaje se titularía *Al margen*. Esta puesta marcaría el inicio de su etapa como director teatral independiente cuyos trabajos, hasta 1986, aparecerían bajo el nombre de "Teatro de Ciudad".

De esta etapa se pueden señalar sus principales trabajos como director en las obras: *La lección* de E. Ionesco, *Para Elisa* de R. Chalbaud, *Las preciosas ridículas* de Molière, *Dongo* de W. Allen, obra con la que participó en el Festival Latinoamericano de Teatro de Manizales (Colombia). En 1985, cuando el Perú vivía uno de los momentos más dramáticos de la violencia subversiva, estrena en Lima la obra *Pedro y el capitán* de M. Benedetti, la misma que por su contenido generó la aguda reacción de la crítica teatral.

Su afán por el desarrollo artístico lo lleva a mediados de 1986 a experimentar en la dramaturgia escénica con la pieza *Made in Perú*, la cual consistió en una creación colectiva que enfocaba la situación de violencia social del Perú en aquella época. La significación de este montaje en la escena nacional se basa en el hecho de que fueron utilizados solamente los recursos de expresión corporal y el desarrollo de acciones cotidianas de los personajes sin llegar a la palabra. Paralelamente al inicio de esta etapa de exploración corporal, aporta a la dramaturgia nacional con su primera obra escrita *Camino de rosas* con la cual gana el primer premio del concurso de obras de teatro para la mujer organizado por la ONG Manuela Ramos. Esta obra, escrita con lenguaje sencillo, logra retratar la vida cotidiana de una pareja joven de clase media y fue dirigida por él mismo y, posteriormente, por otros grupos. Este mismo año viaja a Europa con una beca del Instituto de Teatro Internacional (ITI) que le permite asistir a innumerables presentaciones teatrales en los diferentes países que visita.

A su regreso al Perú a fines de 1987, escribe la obra *El desencanto*, la misma que luego de revisarla, le cambiaría de nombre a *Tres hermanos*; en ella José Enrique nos presenta la complejidad del mundo interior de los personajes y cómo se expresa en la relación controvertida de los tres hermanos.

Su deseo por buscar nuevas formas artísticas de expresión iniciada con *Made in Perú*, lo llevaría más adelante a ser el pionero de la danza-teatro en el Perú, dirigiendo coreografías en este género como *Cabalgando*, con la cual ganó el primer concurso nacional de coreografías o *Acero inoxidable*, importante logro coreográfico que

luego serviría de nombre también a su nueva agrupación de danza-teatro, con la que estrenó *Bolívar, Sexus y Quintuples*.

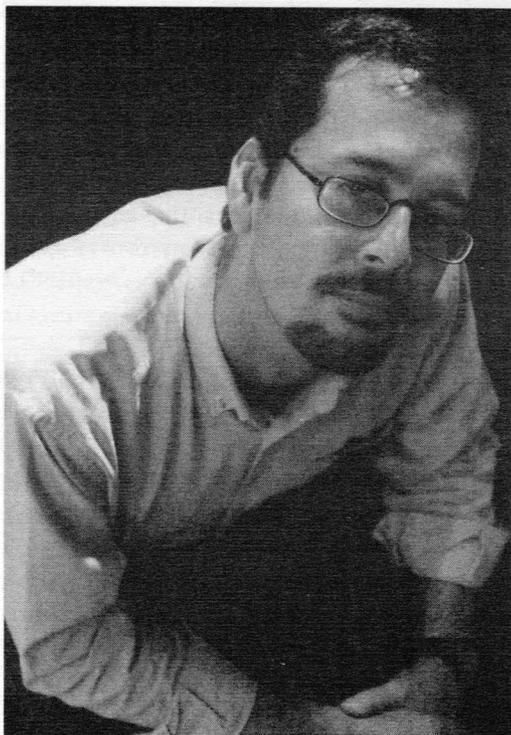
La iniciativa integradora y la disciplina en la creación artística le permitió a José Enrique contar siempre con el respeto y el apoyo de importantes artistas plásticos y músicos para sus obras. Sin embargo, la deslumbrante actividad llevaría también consigo su propia partitura escrita para su salud física. En 1988 José Enrique se ve obligado a viajar nuevamente al Brasil para tratarse de una afección cardíaca que años más tarde, en 1991, le demandaría una operación de trasplante de corazón que afortunadamente se logró con éxito. El amor, la constancia y la dedicación que tuvo con el arte fue igualmente intenso para María Luisa Silva, con quien estuvo casado desde 1984 hasta 1997 y lograron el mejor de los frutos, sus hijos Gonzalo y Jerónimo, quienes nacieron en 1990 y 1994, respectivamente.

A mediados de la década del 90 se abre una nueva faceta en su vida, primero al asumir la dirección general de la Escuela Nacional de Arte Dramático en 1994 y, luego, su participación como director de actores y programas para la televisión. Esta incursión en la televisión significaría un nuevo reto en su carrera ya que anteriormente su participación en ella solo fue como actor, al igual que en el cine.

Los últimos años de José Enrique fueron bastante difíciles por la complicación de su situación de salud, sin embargo, su amor por la vida le permitió salir adelante innumerables veces y seguir produciendo hasta sus últimas horas, dejándonos un testimonio de empeño y dedicación por la profesión. Él se encontraba ensayando la obra *La profesión de la Sra. Warren* de Bernard Shaw, bajo la dirección de Reinaldo D'Amore, y tenía además concluida y lista para imprimir su última obra *Un director*.

La noche anterior a su fallecimiento estuvo gozando plenamente de la compañía de sus hijos y en la mañana del día 22 de julio del 2002, luego de un breve desayuno en su departamento de Miraflores (Lima) y cargado de la paz interna reservada para quienes aman de

verdad, emprendió el camino que lo llevaría mas allá de nuestro mundo material. José Enrique Mavila fue despedido con los aplausos de quienes lo hemos querido y conservamos el gozo de haber compartido su amistad.



José Manuel Montoya Silva

Fernando Giuffra Fontanés

Don Manuel para muchos, por la diferencia de edad, y Montoya simplemente para sus allegados. Nació en la ciudad de Trujillo, el 9 de febrero de 1921, de don César Montoya Bobadilla y de doña Guillermina Silva Ponce. Está casado con doña Otilia Becerra Yactayo con la cual tiene tres hijos: Manuel, José y Guillermina. En su juventud se ganó la vida como mecánico y jefe administrativo. Ingresa a la Universidad el primero de junio de 1963 cuando fue propuesto por el decano Ricardo Rey Polis para integrarse a la Facultad de Ingeniería en los albores del traslado de la Facultad a Pando, en calidad de jefe del Taller. Cargo que desempeñara hasta cuando el 30 de setiembre del 2000 opta por jubilarse a la edad de casi 80 años.

En la década del 70, en Pando solo funcionaban las facultades de Ingeniería y de Agronomía. Lo que hoy es el *campus* era los extramuros de la ciudad, al extremo que fue indispensable el uso de una camioneta que trasladara al personal de secretaría. En esas condiciones y por la escasa comunicación con “el mundo exterior” era imposible sobrevivir sin un taller, que a la vez fue de mecánica y de carpintería. Disponía de las máquinas indispensables, desde el vulgar cepillo hasta los sofisticados tornos, por supuesto donadas, y las que faltaban las reemplazaba con su inagotable ingenio.

Como jefe del Taller supo formar personal que luego desempeñaría trabajos especializados, primero para la Facultad y luego para la Universidad en general, cuando se decidió el traslado paulatino de todas las facultades a Pando y la formación de la ciudad universitaria.

Realmente empiezo a conocerlo en febrero de 1968 cuando me hice cargo del Decanato de Facultad. Hombre probo, parco y leal; honrado a carta cabal, incapaz de tocar un solo alfiler que no fuera suyo. Celoso guardián de todo aquello que le fuera confiado en

material o en responsabilidad y siempre listo para ayudar donde se le necesitara, ya sea tomando el control del ingreso del alumnado, en la puerta de acceso a la matrícula o en cualquier otra actividad que se le encomendara. Cuando llegaba la fecha de la matrícula, era el primero en estar en la secretaría esperando instrucciones para el buen y ordenado funcionamiento del sistema. Su figura se tornó irremplazable.

No recuerdo ocasión en que hubiera llegado tarde, estaba en la Facultad antes que los más madrugadores y solo faltó por enfermedad muy compleja. La gripe y el resfrío no fueron razón para que su impecable récord de asistencia sufriera por ello.

Es amigo de todos, pero su carácter recto, estricto y fiel al cumplimiento del deber y, en todo caso, en salvaguarda de todo aquello que le fuere confiado, lo lleva a tener algunas incomprendiones que siempre han sido pasajeras, pues todos hemos entendido la razón de ser del "exceso" de cuidado por las cosas de la Facultad. Estricto, pero a la vez servicial, bastaba una sola insinuación para que en caso que alguien se hubiera quedado "botado", por llanta baja o por falta de gasolina, él ya estuviera solicitando autorización para ir en su ayuda.

Anecdóticamente recuerdo una oportunidad en que le fue confiada una máquina para que fuera guardada en el taller y aunque, ante una contingencia, le suplicaron y le ofrecieron hacerse responsables ante el Decano, el equipo no fue entregado hasta que el Decano fue localizado horas después. Esto da una idea de lo cuidadoso que es con todo aquello que se le encomienda.

Devoto del Señor de los Milagros, anualmente solía hacer uso de su periodo vacacional en el mes de octubre para asistir a la procesión y así cargar las andas del Dios Crucificado de su devoción, al que acompañaba durante todo su peregrinaje a lo largo de las calles de la capital.

No olvida las fechas que considera importantes, ya sea de los que estamos en la Universidad, o de nuestras familias, ya sea en día laborable o en día feriado. Él siempre ha acostumbrado hacerse

presente con un efusivo saludo. No me ha extrañado recibir su saludo vía *e-mail* cuando estoy en el extranjero, y eso no solo cuando fui Decano, sino ahora que ya no tengo ninguna relación de mando con él.

Se encariñó tanto con su trabajo que no me extraña que hoy, que goza de una merecida jubilación, se le vea paseando por las vecindades de "su Taller". Estoy seguro de que todos los que lo conocimos, lo extrañaremos y el recuerdo del Taller de la Facultad de Ingeniería que con tanta competencia y responsabilidad dirigió, siempre será un recuerdo grato para nosotros.

Armando Nieto Vélez

Joseph Dager Alva

Escribir esta semblanza sobre Armando Nieto me enfrentó de inmediato a un cuestionamiento. Me preguntaba si debía o no confesar, desde el inicio, mi cercana relación con él. Digo lo anterior porque pudiese parecer que lo dicho a continuación es más reflejo del corazón que de la realidad. Pero, creo, sería más erróneo, por un malentendido pudor académico, callar que el padre Nieto ha estado muy cerca de mí en muchos de los momentos importantes de la vida. Él bendijo mi matrimonio y acompañó con sus oraciones el tránsito a la otra vida de algunos de mis seres más queridos. Fue un alentador panelista de una ponencia que presenté en 1994, la cual, dos años después, se transformó en la tesis para optar la licenciatura. Formó parte del jurado de la sustentación y fue un generosísimo comentarista del libro resultante. Entonces, el cariño y la deuda agradecida en efecto existen, pero no exageran la realidad; por el contrario, mis palabras son solo un incoloro dibujo de quien es de por sí un hombre bueno, profesor más allá del aula, sacerdote consejero, paternal amigo.

Armando Nieto Vélez nació el 24 de octubre de 1931. El hijo de Manuel R. Nieto Chipoco y de Rosa Vélez Picasso, y futuro jesuita, cursó sus estudios escolares en el Colegio de la Inmaculada de Lima, entre 1938 y 1948. Al año siguiente, ingresó a la Pontificia Universidad Católica del Perú, donde siguió las carreras de Derecho y de Historia. La prueba de admisión a nuestra casa de estudios, en esos tiempos, era en verdad distinta. El recién egresado escolar, aquel verano de 1949, tuvo que rendir dos exámenes, escrito y oral, junto a los postulantes a San Marcos en los locales y ante jurados de dicha universidad. Poco tiempo después, el Gobierno otorgaría la categoría de nacional a la Universidad Católica, reconociéndole seriedad y autonomía.

El universitario Nieto, perteneciente a la importante y valiosa generación llamada del Cincuenta, compartió aulas con otros jóvenes

que después apostarían por la carrera académica y que, así como él, han hecho historia en nuestra Universidad: José Antonio del Busto Duthurburu, Enrique Carrión Ordoñez, Pedro Rodríguez Crespo, Raúl Zamalloa Armejo por mencionar solo a algunos. El distinguido alumno fue rápidamente reconocido por aquel gran maestro que fue Víctor Andrés Belaunde, quien en 1953 lo nombró auxiliar de Secretaría en el Instituto Riva-Agüero, cargo que ejerció durante tres años. Empezó ahí una estrecha relación que se proyecta hasta nuestro hoy. No es raro encontrarlo en las oficinas, en los certámenes académicos o en la biblioteca del Instituto. Entre 1975 y 1978 fue subdirector de la Institución, y desde 1981 hasta 1990 se desempeñó como un activo director.

El año de 1956 fue particularmente fructífero en la vida del joven Armando. El 20 de abril se graduó de abogado con la tesis *El derecho a la educación y la legislación peruana en el siglo XIX*. El 4 de mayo presentó su *Contribución a la historia del fidelismo en el Perú*, investigación que lo hizo entrar con derecho propio al mundo de los historiadores. Y, el 23 de ese mes, ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús. Los que lo conocieron desde entonces han afirmado que su decisión no sorprendió a nadie por su sentida fe y clara vocación de servicio. Estudió Filosofía en la Facultad de Filosofía de Alcalá de Henares, Madrid; y Teología en la Facultad Sankt Georgen en Frankfurt am Main, Alemania. El 28 de agosto de 1964 fue ordenado sacerdote.

En 1967 lo tenemos de regreso como profesor en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Son varios los cursos que allí ha enseñado. Siente especial predilección por dictar en los Estudios Generales Letras para formar en historia del Perú a los que recién comienzan la vida universitaria. Ya en la especialidad los cursos de *Historia de la Iglesia* y de *Filosofía de la Historia* son los que más han llamado su atención. En ellos ha podido combinar magistralmente sus vocaciones. En 1970 inició su labor docente en la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, donde actualmente es director de estudios de la carrera de Teología.

Las clases del padre Armando Nieto tienen un envidiable orden. Recuerdo que en ellas estudiamos con detenimiento las filosofías

de Vico, Kant, Hegel, Dilthey, Kierkegaard, Comte, Heidegger, Sartre, entre otras. La lección se iniciaba con los datos biográficos, y lo que es más importante, retratando el contexto en el que surgió aquel pensamiento. Nociones verdaderamente filosóficas como las del telos que guiaría el curso de la historia, la posibilidad del conocimiento científico, la fundamentación de las ciencias del espíritu, la libertad humana, el ser arrojado, la angustia existencial eran tratadas con tal familiaridad que los estudiantes lográbamos comprender entusiasmados tan profundos asuntos. Siempre preocupado por sus alumnos, Nieto constantemente nos motivaba a intervenir en clase; su "*no dejen enemigos a la espalda*" nos estimulaba a preguntar para aclarar las posibles dudas. Por formación y convicción, Nieto sabe que el historiador debe reflexionar teóricamente acerca de su práctica, cuestión que inculca reiteradamente en sus clases.

Diversas instituciones de nuestro país han reconocido su valor incorporándolo a su claustro. Para muestra solo algunos botones. Miembro de la Academia Nacional de la Historia, de la Sociedad Peruana de la Historia, del Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú, del Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú, de la Academia Peruana de Historia Eclesiástica. Cuando el padre Nieto cumplió sesenta años, el Instituto Riva-Agüero le rindió homenaje dedicándole el número 19 del Boletín. Hace muy poco, en el año 2000, fue distinguido por la Universidad Marcelino Champagnat como doctor *honoris causa* y por la Municipalidad de Santiago de Surco con la Medalla Cívica de la Orden Santiago Apóstol. El reconocimiento académico ha traspasado nuestras fronteras siendo nombrado miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia de España, de la Academia Nacional de la Historia (República Argentina), de la Academia Chilena de la Historia, de la Academia Nacional de la Historia (Venezuela), del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Todas estas condecoraciones hacen justicia a sus aportes a la investigación histórica y a su dedicación a la vida académica, y él las ha aceptado sin vanagloria ninguna. El Armando Nieto de ayer y hoy continúa demostrando esa sencillez que le es tan característica, signo de los nobles de espíritu y de alta inteligencia.

Dos líneas fundamentales atraviesan sus trabajos históricos: la historia eclesiástica y los tiempos de la Emancipación. En la monumental *Colección Documental de la Independencia del Perú* se ocupó de la edición y prólogo de los dos tomos dedicados a la acción de la Iglesia y del clero. Ha escrito diversos sólidos artículos académicos sobre los doctrineros, los concilios limenses y la evangelización. Además, junto con Félix Denegri y Alberto Tauro, preparó la tan útil y consultada *Antología de la Independencia del Perú*. Asimismo, fue uno de los primeros en desvelar los tiempos del fidelismo. Los precursores, la Ilustración y el *Mercurio Peruano* han sido temas excelentemente visitados por Nieto.

Es en realidad muy complicado analizar en estas breves líneas su producción histórica. Sin embargo, es preciso ocuparse brevemente de su conocido *Francisco del Castillo, el apóstol de Lima*, la biografía más completa que sobre el Venerable existe, para la cual tuve el inmerecido honor de ser copresentador. Armando Nieto abordó aquel trabajo, publicado en 1992, con los mejores antecedentes: su clara dedicación al estudio de la historia de la Iglesia colonial y ser desde 1988 el vicepostulador de la causa de Beatificación, labor en la que fue antecedido por el también jesuita e historiador Rubén Vargas Ugarte. Por otro lado, su oficio historiográfico salta a la vista desde las primeras páginas del texto: el estado de la cuestión, el minucioso manejo de las fuentes primarias, la interpretación serena, los precisos datos de vida entretreídos con el contexto en el que transcurrió el existir terrenal del Venerable son algunas de las notas que hacen del libro una relevante contribución a la historiografía peruana. Realmente logrado es el perfil humano del biografiado: no muy dotado para los estudios filosóficos, pero "obrero insigne" en cuestiones de caridad. Se ocupa con detalle, además, de los hechos extraordinarios de los que fue partícipe el Apóstol. Pero el juicio ponderado y el objetivo del libro hacen que el autor deje la atribución de milagrosos al parecer de la Iglesia. Asimismo, en este trabajo figuran más que insinuados una serie de fenómenos que nos sirven para entrar en el terreno de las "mentalidades" de aquel siglo XVII, rico en manifestaciones de religiosidad popular, en el que se confunden los indiscutibles siervos de Dios con numerosos casos de posesos, las verdade-

ras beatas con los falsos místicos, todos ellos rodeados de una significativa acogida.

Vale la pena una última reflexión sobre nuestra disciplina. Sucede que ha habido quienes afirmaron que la biografía pertenecía a la historia tradicional, como si con esa afirmación se estuviese describiendo un demérito. Los que rechazaban de ese modo a este género histórico, apoyándose en ejemplos en verdad extremos, llegaron a pensar que la biografía sobre el connotado personaje, el acreditado héroe, el digno estadista o el santo varón era por definición incapaz de reflejar la historia del momento, porque al basarse en un solo individuo, no se ocuparía de los verdaderos actores de la historia. Una de las posibles consecuencias de aquella actitud fue presentar como actores históricos a universales interactuando entre sí, conceptos abstractos que muchas veces carecían de una cabal correspondencia con la realidad que pretendían describir. A esa fría historia le faltaba vida, sabor humano, que es tal vez un requisito indispensable en nuestro quehacer. De modo que, la biografía sobre Castillo hecha por Nieto, además de las diversas enseñanzas sobre la vida del Venerable, nos regala otra de corte metodológico, pues ejemplifica con maestría que una biografía hecha desde la perspectiva histórica analiza el perfil humano del personaje, frente al cual puede existir una legítima simpatía, y a partir de aquel retrato procura abarcar comprensivamente todo un período histórico.

Finalmente, quiero agradecer a César Gutiérrez Muñoz el haberme permitido realizar este bosquejo, incapaz de reflejar en todos sus matices la abundancia de cualidades que definen la rica personalidad de Armando Nieto. El cual, sin embargo, me permite, en nombre de varias generaciones de universitarios, decirle, en ocasión de sus 70 productivos años: "Gracias padre, por todo lo compartido".

***José Agustín de la Puente Candamo,
nombre de maestro***

José Antonio del Busto Duthurburu

Esta noche me corresponde hablar sobre el doctor José Agustín de la Puente Candamo, mi maestro, y lo hago no solamente con la devoción del caso sino con la sinceridad que el auditorio se merece.

El doctor José Agustín de la Puente nació en Lima el 22 de mayo de 1922, como hijo de José de la Puente Olavegoya y Virginia Candamo Álvarez Calderón. Estudió en el colegio de la Recoleta de donde egresó en 1938 e ingresó a la Universidad Católica, donde se graduó de bachiller en Derecho, bachiller en Letras, doctor en Historia y abogado.

La docencia en esta universidad la llevó a cabo desde el año 1947 y sigue dictando el año presente sumando así 54 años de profesor. En el Instituto Riva-Agüero fue secretario, subdirector, director y actualmente director emérito. Como miembro de la Academia Peruana de la Lengua, del Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú y del Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú, ha dejado gran huella. Es, asimismo, el actual presidente de la Academia Nacional de la Historia y *Amauta* desde julio del año 2001.

Sus obras son verdaderamente de importancia, *San Martín y el Perú: planteamiento doctrinario*, *La Emancipación en sus textos*, *Notas sobre la causa de la Independencia en el Perú*, *Obra gubernativa y epistolario de San Martín*, *Historia Marítima del Perú*:

Palabras leídas en la IV Ceremonia de Homenaje a Exalumnos Distinguidos, organizada por la Asociación de Egresados y Graduados de la Universidad Católica y efectuada en el salón *Paracas* del Hotel Swissôtel (San Isidro - Lima) el 19 de octubre del 2001.

la Independencia, 1790-1826, Miguel Grau, Bartolomé Herrera y una biografía, de inminente aparición, del Almirante Grau, obra que todos esperamos.

Éste es el hombre. Ahora me refiero al maestro. Fue el director del Seminario de Historia y como tal lo conocí en 1951. Estaba dedicado a la formación de los recién ingresados a la Universidad. Entonces, en esas noches, nos dictaba las clases de *Propedéutica*, la ficha de investigación, la ficha bibliográfica, la ficha del documento, del artículo de revista, del artículo de diario, y también estaban las lecturas clásicas que él dirigía de los autores griegos y romanos, que las escuchábamos por primera vez. También nos enseñó, y eso fue muy útil, la participación en las ceremonias académicas, cómo debíamos comportarnos en semejantes casos, y al mismo tiempo nos invitó a escribir nuestros primeros artículos en el boletín del Instituto. Sin olvidar los paseos que efectuábamos todos los integrantes del Seminario y de los otros seminarios por la Carretera Central hasta nuestras primeras serranías. Hubo algo, sin embargo, que quiero yo subrayar: nos inculcó a todos nosotros una formación peruanista sin igual, descubriéndonos el mestizaje y haciéndonos ver que precisamente el Perú era un país mestizo.

Cuando se habla del doctor José Agustín de la Puente, no puedo menos que recordar con relación a nosotros, su paciencia, su perseverancia, su dedicación, pero también su honestidad, su discreción, su justicia, y por todo eso es que resulta un personaje admirado, imitado y venerado, y merece no solamente por mí sino por muchos el nombre de MAESTRO.

*Manuel de la Puente y Lavalle,
un maestro en la vida*

Jorge G. Ramírez Díaz

Hacer una semblanza del doctor Manuel de la Puente y Lavalle compendiada en un tiempo breve no es fácil por tantas cualidades personales y profesionales que tiene. Ruego así disculpar alguna omisión involuntaria.

Desde muy joven tuvo vocación por las letras y el derecho y al optar sus grados y títulos profesionales mereció calificativos sobresalientes, destacando luego como maestro en las aulas universitarias, docencia que actualmente mantiene como coordinador del Doctorado, así como a través de sus informes jurídicos, asesoramientos y apoyos profesionales, con expresiones accesibles a todos los niveles de abogados, magistrados, profesores y alumnos universitarios, haciendo fácil lo difícil, al dar las verdaderas interpretaciones de las normas legales y sus fuentes en la doctrina y en el derecho comparado dentro de cuidadosos análisis de investigación jurídica y de rigor académico.

Dentro de su vocación permanente de estudio, publica artículos y libros en su especialidad de Derecho Civil; y personalmente procura valiosos aportes a las comisiones de las que forma parte, contribuyendo al perfeccionamiento y a la actualización para la mejor aplicación de la ley y el ejercicio profesional, gozando de la gratitud de todos.

Es jurista de alto nivel en el más exigente concepto de tal calificación; y sus opiniones son muy apreciadas en los tribunales de jus-

Palabras leídas en la IV Ceremonia de Homenaje a Exalumnos Distinguidos, organizada por la Asociación de Egresados y Graduados de la Universidad Católica y efectuada en el salón *Paracas* del Hotel Swissôtel (San Isidro - Lima) el 19 de octubre del 2001.

ticia y en el ambiente profesional, donde es también miembro de número de la Academia Peruana de Derecho y conferencista sobre temas de Derecho Civil; así como *profesor principal honorario* de la Universidad Nacional de San Agustín y de la Universidad Católica de Santa María, ambas en Arequipa. Participa en tribunales arbitrales, en cuyos procesos da ejemplo en su organización y disciplina de trabajo con valiosos aportes para llegar a las mejores soluciones en delicados casos.

En cuanto fue necesario abordó el campo de la informática, favoreciendo su admirable producción jurídica, que constituye fuente de aprendizaje y de consulta para profesionales y estudiosos del Derecho.

Integró la comisión encargada del estudio y revisión del Código Civil de 1936 y preside la Comisión Especial encargada de elaborar el proyecto de reforma del actual Código Civil de 1984; habiéndose desempeñado igualmente como vicepresidente de la Comisión Nacional Supervisora de Empresas y Valores (CONASEV), mostrando su formación y versación en el Derecho.

Tuve el privilegio de integrar por dos años el Jurado de Honor de la Magistratura que él presidió, preparando generosamente de inmediato el reglamento para la difícil tarea encomendada, al que no hubo nada que añadir, pues con sabiduría y experiencia había cubierto todo lo que era necesario para la evaluación de los magistrados titulares de la Corte Suprema de Justicia y de la Corte Superior y jueces de primera instancia de Lima; así como de los fiscales titulares del Ministerio Público en las instancias suprema, superior y provincial de Lima. Fue muy grato y nos sentíamos motivados a su lado y bajo su dirección para dedicar todas las horas que fueron necesarias, buscando el mejor perfil de los magistrados y fiscales titulares, por especialidades, en beneficio de la administración de justicia en el país.

Su puntualidad siempre cronométrica me trae a la memoria la oportunidad en que los cuatro miembros que también integrábamos dicho Jurado de Honor, nos pusimos de acuerdo para llegar cierto día antes de la hora y darle la bienvenida, lo que mereció

una amplia sonrisa de su parte, no solo dentro de la simpatía y del señorío que irradia, sino sintiendo la satisfacción de que una de sus cualidades importantes, la puntualidad, estaba introducida entre nosotros. Nunca fue partidario de la notoriedad, prefiriendo siempre con modestia un perfil bajo; y con su orientación logramos cumplir nuestro cometido con total autonomía y con la satisfacción uniforme manifestada en los órganos de prensa por ser titulares todos los magistrados y fiscales de Lima.

Hombre de bien por esencia, actúa con la necesaria energía hasta donde debe ser para que prevalezca lo verdadero y lo correcto.

Su concepto de la ética profesional lo revela en toda su trayectoria, al punto que al actuar en determinado caso, se puede estar seguro de la seriedad, el nivel y el respeto con que será conducido.

Desde la década de los años cincuenta, integra el estudio fundado por el recordado prestigioso abogado y maestro doctor Luis Echeopar García, respondiendo a la invitación que le hizo y a la que ha correspondido dando ampliamente lo mejor de su capacidad, manteniéndose así con la participación de otros prestigiados colegas el elevado nivel profesional de dicho estudio aun después del fallecimiento del fundador.

Su amistad la brinda con sinceridad y su afecto lo demuestra con cada uno de sus actos.

Viene a mi recuerdo el homenaje que auspiciaron hace aproximadamente siete años los discípulos suyos, alumnos y profesores de la Universidad Católica, cuando siendo catedrático principal de *Contratos*, después de 45 años de fecunda vida profesional, decidió apartarse de la cátedra universitaria reconociéndosele en forma unánime por todos los presentes sus calidades de "hombre probo, profesional intachable, investigador constante y maestro insigne de varias generaciones", méritos que resaltó el número 25 de la revista *Thémis* (1993) y que sigue ostentando invariablemente.

Estoy seguro de que, no obstante su proverbial modestia, el doctor Manuel de la Puente y Lavalle debe sentir que en cada saludo dia-

rio recibe de las personas un homenaje por lo expresivo y respetuoso del mismo, ya que no es solamente un maestro en la cátedra y en sus libros e informes jurídicos, sino que es un "maestro en la vida".

Muy estimado Manolo, debes sentir la complacencia de que entre tantos que reconocen ser discípulos tuyos, personalmente o a través de tus obras, hay bastantes que se han propuesto en su meta personal y profesional alcanzar a ser parecidos a ti.

Índice

Presentación, por Uldarico Malaspina Jurado, profesor principal del Departamento de Ciencias	5
Enrique Carrión Ordóñez (1934), por Oswaldo Gavidia Cannon	7
Juan Eugenio Cavazzana Federini (1889-1962), por Giulia Anna Mariani de Lavino	11
Patricia Cruzalegui Sotelo (1955-1997), por Federico Camino Macedo	13
Guan Shilian (1933), por Fernán Alayza Alves-Oliveira	16
Luis Felipe Guerra Martinière (1930-1974), por Diógenes Rosales Papa	20
Luis Guzmán-Barrón Sobrevilla (1939), por Salomón Lerner Febres	24
Salomón Lerner Febres (1944), por Luis Jaime Cisneros Vizquerra	27
Anna Maccagno (1918-2001), por Alejandro Alayza Mujica	32
José Enrique Mavila del Río (1957-2002) por José Gabriel Tejada Zavala	35

José Manuel Montoya Silva (1921), por Fernando Giuffra Fontanés	39
Armando Nieto Vélez (1931), por Joseph Dager Alva	42
José Agustín de la Puente Candamo (1922), por José Antonio del Busto Duthurburu	47
Manuel de la Puente y Lavalle (1922), por Jorge G. Ramírez Díaz	49

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Archivo de la Universidad

César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

Beatriz Montoya Valenzuela
Vanessa Veintemilla Minaya
Carmen Guevara Regalado
Pablo Páucar Chumpitaz
Archiveros

María Dextre Vitaliano
Administradora

Javier Mendoza Suyo
Conservador

Diego del Río Figueroa
Guillermo Alan García Capcha
Juan Alberto Uchuya Lagos
Alumnos colaboradores

Elizabeth García Vásquez
Diagramadora

El número 30 de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* se terminó de editar en la imprenta PUCP (San Miguel, Lima) el 30 de setiembre del 2002, sexagésimo aniversario de la elevación a Pontificia de la Universidad Católica del Perú. La edición consta de trescientos ejemplares numerados.